

Los enemigos
de la mujer

El pago que
dan los hijos

Dos obras de interesante y
sugestivo argumento que
constituyen los dos últimos
grandes éxitos de

La Novela Semanal
Cinematográfica

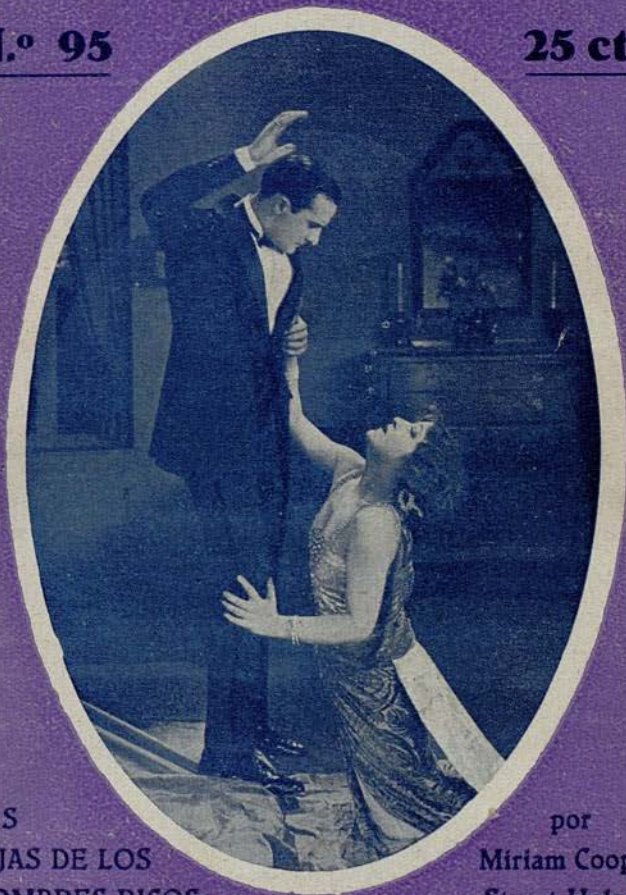
Precios populares: UNA PESETA

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 95

25 cts.



LAS
HIJAS DE LOS
HOMBRES RICOS

por
Miriam Cooper
y Stuart Holmes

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 95

Las hijas de los hombres ricos

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

MIRIAM COOPER *en el rôle de Mauda Baryte*
ETHEL SHANNON > > > > *Giselle de Beaupre*
RUTH CLIFFORD > > > > *Sally Kandy*
GASTÓN GLASS > > > > *Gerardo Welden*
JOSEF SWICKARD > > > > *General Baryte*
STUART HOLMES > > > > *Jean René Marie,*
Duque de Malakoff

Producción GASNIER

Concesionaria: EMPRESAS REUNIDAS, S. A.
Paseo de Gracia, 56 — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
MARGUERITE DE LA MOTTE

Argumento de la película de dicho título

Mauda Baryte, linda joven nacida en cuna de oro y bendecida con todos los dones y privilegios que dan la riqueza y el abolengo, seguía no obstante un precepto cristiano:

«No es lo que tenemos sino lo que damos lo que nos hace ricos».

Gerardo Welden, que se portó como un héroe durante la guerra de las naciones, estaba lo que vulgarmente se dice loco de amor por Mauda. Adoraba en ella a la belleza y a la bondad juntas. Su riqueza no le podía importar pues él también era afortunado.

Lo que hacía Mauda merecía ciertamente los más entusiastas elogios, pues dedicaba una parte del día a la enseñanza, a muchachas pobres y jóvenes como ella, de corte y otras labores.

Su generosa acción le había valido a Mauda el cariño de sus numerosas alumnas y la admiración sincera de las familias de sus discípulas.

Su padre la idolatraba y ella le correspondía de la misma manera... pero desde unos días atrás Mauda había observado que su cariño no se dirigía únicamente al General, sino que se repartía entre dos seres... uno de los tales Gerardo.

De tiempo se conocían Mauda y su pretendiente... Durante la guerra, un fuego encendió otro fuego... Regresó Gerardo, las palabras escritas las repitieron unos labios amantes... y el final era ya inminente.

Razón tenía Mauda de temer que Gerardo quería hablarle para formalizar sus relaciones con ella, pues él, cierta tarde, fué a recogerla

al lugar donde daba sus lecciones de modista, la acompañó hasta su casa y, después de haber saludado al General, que veía con buenos ojos esos amores, y a quien Mauda cubrió de caricias, se aisló con ella en el jardín.

Mauda estaba triste y como si el tener cerca de sí a Gerardo le avivara su pena, casi lloraba a la par que le decía:

—¿Te acuerdas de Sally? He recibido hoy una carta de ella... Está en París... Me cuenta sus desilusiones y amarguras.... Cuando pienso en todas las desazones e infortunios que acarrea el amor, me espanta la idea de enamorarme...

—Mi querida Mauda, no me hables así sabiendo cómo te amo... Hoy o mañana te hubiese hablado de mi querer... que es muy hondo... y te hubiese pedido por esposa. Rechaza, pues, tus dudas, y dime ahora mismo si aceptas mi amor... si te casarás conmigo...

—Esperaba oírte hablar como lo acabas de hacer... Yo también te quiero, Gerardo, y ello me causa una dicha jamás experimentada. ¡Eres tan bueno!... Pero vamos a suponer que un día te cansarás de mí...

—No digas más, mi Mauda... Prenda de mi alma... puedo amarte toda esta vida, y mil vidas que viviera, y aun no te amaría bastante...

—¿No me engañas, Gerardo?... Eso que tú dices sería tan hermoso...

—Lo será, Mauda, lo será... te lo prometo.

—Necesito creerte, Gerardo... y acepto unir mi existencia a la tuya.

—Gracias, Mauda... Tú no podías hacer otra cosa.

—¿Por qué?...

—Porque sabías lo inmenso que es mi amor y que sin tí nunca hubiera conocido la felicidad.

—Empecemos, pues, a ser novios... Papá y yo nos vamos a París el mes que viene... ¿Por qué no nos acompañas? Creo que puedes permitirte esas vacaciones...

—Aunque no pudiera... podría...

—Además, toma... Sí, te lo regalo... Si un día llegaras a cansarte de mí... no me digas una sola palabra... Me devuelves sólo el anillo...

Gerardo tomó en sus dedos el anillo de su novia, y leyó con fervor la dedicatoria que se ocultaba, como en un dije, debajo de la piedra preciosa ovalada de la joya, y que decía: «*Nadie más que tú.*»

Gerardo, agradecido, dijo a Mauda en un transporte de alegría:

—Puedes estar segura de que no se separará de mí en todos los días de mi vida.

—Así lo deseo... y lo espero, Gerardo.

No hacía mucho tiempo que Samuel Kandy, poderoso industrial yanqui, había pasado a mejor vida, dejando a su mujer y a su hija una fortuna de insolentes proporciones.

En el elegante Hotel del Eliseo, uno de los más lujosos y brillantes hoteles de la capital de Francia, se hospedaban la señora Viuda de Kandy y su hija Sally, encantadora joven bajo todos los conceptos, a quien su madre, ansiosa

de emparentar con la alta nobleza francesa, le buscaba un coronado consorte.

Jean René Marie, Duque de Malakoff, había puesto a subasta su ilustrísimo apellido, y con sus abogados celebraba una entrevista con la rica viuda, ofreciéndose a casarse con su hija.

La señora Kandy se mostraba ufana ante la proposición que le hacía el Duque, cuya corrección y reverencias lo presentaban a sus ojos—a los suyos nada más—como un ser extraordinario.

—De modo que su deseo es tomar por esposa a mi hijita, ¿no es eso, Duque?—le preguntó íntima y exteriormente satisfecha.

—Así es, señora. Aunque le diré que mi mayor deseo es tenerla a usted por mamá política.

—Es usted muy amable, Duque.

Pero para Sally el noble era una cosa despreciable, repugnante. ¡Cómo no, si trataba de venderse a ella por su oro!

Y mucho más repudiable le parecía, recordando ella que en América, en los alrededores de la Quinta Avenida, vivía un hombre, joven y de porte elegante y ojos reidores, del cual se hallaba enamorada desde los felices días escolares.

Ese hombre por quien Sally suspiraba, era Gerardo, el novio—circunstancia desconocida por ella—, de su mejor amiga, Mauda.

En esta situación, Sally pensando en su ideal y su madre en el suyo, que era la ostentación, el Duque consintió en dar su nombre a la millonaria, cuya brillante dote le seducía.

Y fué por demás que Sally, avisada para que

saliese de sus habitaciones a despedir a su futuro marido, le demostrase su aversión al Duque al besarle éste una mano con rutinaria galantería, y que dijese a su madre, al quedar sola con ella:

—Mamá, ese hombre me causa horror...

—La mujer de un Duque es una Duquesa,



...que tenía puesto su amor en una muñeca elegante...

hija mía —le respondió la viuda—, y por donde vaya, Duquesa es...

Sola, muy sola se encontraba la pobre rica Sally...

Por si el mero hecho ^{***} de vender su apellido no fuera bastante para demostrar quién era el

Duque y los propósitos que lo habían animado a pedir por esposa a Sally, sépase que tenía puesto su amor en una muñeca elegante que se llamaba Giselle de Beaupré.

Por su amada el Duque lo haría todo, que bien había sabido ella apresarlo en la red de sus encantos femeninos.

A casa de Giselle iba a menudo el Duque, y fué también al salir de la de Sally, después de haber concertado con la madre de ésta la importante operación de su casamiento con la rica heredera.

Unos días después, el Duque celebró su despidio de la vida de soltero con sus amigos, en medio de la mayor alegría. Abundaron los manjares y corrió el vino a todo correr... mientras su «amiga» Giselle decía a su doncella:

—¡Mi pobrecito Jean Mariel Está muy afligido. Mañana se casa con esa horripilante americana, únicamente para tener dinero para mí...

Al día siguiente, el absurdo sacrificio se llevó a cabo. La infortunada Sally se convirtió en la mujer del Duque sólo para que una necia mujer, su propia madre, atacada del delirio de grandezas, tuviera parentesco con una Duquesa.

A los pocos días de casados, y de vivir, en la misma casa, pero independientemente, el Duque recibió una carta perfumada, de Giselle, la leyó y, sin preocuparse por lo que su esposa, según la ley, que estaba en su presencia, esperándole mientras él se desayunaba tranquilamente, pudiera pensar, se la entregó

para que a su vez se enterara de su contenido.

Sally, suponiendo que dicho escrito tenía cierto interés para ella, lo leyó. Decía así:

...Según la opinión de un perfumista famoso, la altiva rosa americana no tiene ni remotamente la fragancia del humilde jazmín francés.
Giselle.

Sally se molestó por la grosería que su esposo se había permitido hacerle dándole a leer esa nota perfumada de agravio para su amor propio, pero reprimió su enojo y dijo a su marido con la misma ironía que él empleaba siempre:

—Ya he oído hablar de esa Señorita de Beaupré... Dicen que como bailarina no tiene precio... pero únicamente como bailarina...

—La envidia niega siempre belleza a la belleza, señora mía.

—Quisiera saber qué clase de relaciones tenéis con esa... señorita.

—Ustedes las americanas tienen una arrogancia verdaderamente encantadora... ¿Por qué ocuparse de Giselle? Y, para concretar las cosas, pues soy amante del orden, deploro tener que tocar un punto tan trivial, pero mis abogados han dispuesto para mí un estipendio semanal. Eso será, así lo espero, más cómodo para todos.

—Está bien. Además, aunque arrogantes, las americanas sabemos ser generosas y de criterio amplísimo. Algunos amigos míos acababan de llegar de América a tiempo para asistir a una fiestecita que tengo planeada, y en la cual le reservo a usted una «pequeña sorpresa».

La fiesta de Sally se celebró en su palacio con gran animación.

A ella asistieron sus amigos de América, Mauda y Gerardo, quienes celebraron mucho verla.

El General Baryte no acompañó a su hija a



—Quisiera saber qué clase de relaciones tenéis con esa... señorita.

París y se instaló, pues no se sentía muy de humor para soportar el trajín de la gran ciudad, en su casa de campo de Picardía, el jardín de Francia, emporio perfumado de rosas magníficas.

Durante la fiesta, unos viejos rescoldos,

aun no apagados, pugnaban por encenderse al soplo del recuerdo...

Sally se había apartado con Gerardo a un lado apacible del jardín y hablaban de los tiempos que se fueron.

—¡Quién diría que tú y yo nos hacíamos el amor desesperadamente cuando éramos todavía criaturas!... — la recordaba Gerardo sin darle importancia a aquel juego de niños.

Peró Sally no había olvidado nunca los felices tiempos de su juventud, y la evocación por el mismo galán que despertó en su corazón la llama del amor, la entristecía con una tristeza infinita...

—Ya ves cómo corren los años... Tú, ya casada... Yo, deseando perder mi libertad...

—Te deseo todas las felicidades de este mundo...—le contestó Sally.

En este momento se reunía a ellos Mauda—quien se vió obligada a separarse de la compañía del Duque, que se excedía en atenciones, lo cual vieron Sally y Gerardo, ella con mirada de reproche al odiado esposo, y Gerardo con cierto disgusto, pues le era antipático el estúpido noble —, y tras breve conversación de íntimas amigas, Sally, que se sintió más afligida de su desventura ante la feliz pareja, se dispuso a volver al salón para dejar solos a los enamorados.

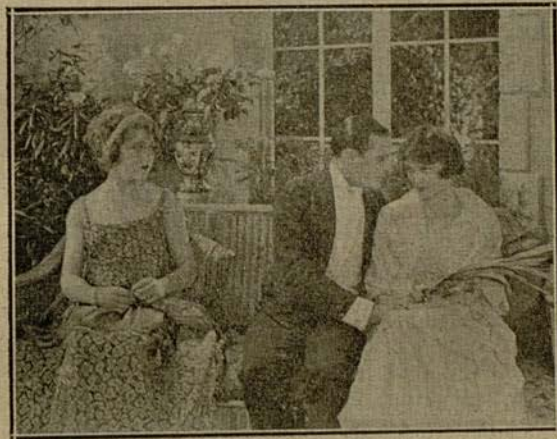
—¿Por qué te marchas, Sally?—preguntóle cariñosamente Mauda, separándose de Gerardo.

—Tres es un número impar.. y enojoso aun en París.

—No exageres, mi buena Sally... Gerardo y

yo nos queremos mucho... pero no cambiamos la soledad por tu compañía. Vamos, mujer, quédate con nosotros y nos contaremos...

—Yo sé lo que es un par de enamorados y no puedo permitir que en mi propia casa yo misma os impida gozar de esta noche de luna sin igual... Amáos, amigos míos, que no sa-



...Sally, que se sintió más afligida de su desventura ante la feliz pareja...

béis aún el tesoro que representa un cariño como el vuestro.

La despedida de Sally fué dolorosa para Mauda y Gerardo... quienes comprendían el lamentable alcance de sus palabras. ¡Pobre Sally!—pensaron.

Y luego, solos en el ambiente de paz que respiraba el jardín entero acariciado por la mirada suave y pálida de la luna, los enamorados tejieron un idilio encantador...

Repentinamente, Gerardo fué avisado que un parte urgente acababa de llegar para él de Inglaterra, y al leerlo supo, no sin disgusto, que su ida a Londres, para un asunto que no admitía demora, debía efectuarse al amanecer.

Era intempestiva a más no poder la noticia, pues para acudir a sus obligaciones comerciales se veía precisado a abandonar las mejores obligaciones de su vida, que se resumían todas en no separarse nunca de su amada. Tal que si tuviera que hacerse perdonar su marcha, Gerardo se despidió mil veces, cada una de ellas más efusivamente, de su Mauda querida.

En aquel mismo instante, la desdicha de Sally era un contraste desgarrador con la felicidad de sus amigos.

En efecto, mientras ella se hallaba ocupada en su «toilette» de noche para acostarse, el Duque, perdida, entre un espeso vaho de alcohol, la más elemental noción de la dignidad, ante una dama, de un caballero, entró en el aposento de su esposa con propósitos indignos tratándose de él.

Sally, ofendida en su pudor, obligó al miserable, tras mucha oposición a caer en sus brazos, a salir de su habitación, en la que jamás tuvo el derecho de penetrar.

La indignación de Sally no causó mucho enfado al Duque, pues éste recordaba en aquel momento que su «amable» esposa le había

preparado una sorpresa para la fiesta, y que esa sorpresa era la presencia de Giselle, su mimada Giselle, en el palacio, donde pasaba la noche. Invitándola a hospedarse aquella noche, con motivo de la «soirée», en su casa, Sally—pensaba el Duque—había querido demostrarle a él que no le daba ninguna importan-



...entró en el aposento de su esposa con propósitos...

cia al hecho de que Giselle le escribiese cartas perfumadas... Contestaba al agravio con la indiferencia al marido, cosa, en verdad, de más peso que una torpe palabra con ánimo de provocación.

Por la noche, con la ^{**} obstinación de todo

hombre enamorado, Gerardo corrió en busca de Mauda a darle el mil y uno adiós. Sabía cuál era su habitación, cuya puerta daba a un estrecho corredor frente al jardín—por el cual se había sigilosamente deslizado un poco antes otro hombre—y se acercó a ella para llamar con los nudillos.

Pero una sorpresa asombrosa le esperaba, y en poco estuvo que, arrojado, desde lo más alto de su ilusión, en el abismo sin fondo del desengaño, por lo que sus ojos presenciaban con horror, no se desplomase al suelo, roto su corazón...

Había visto lo que jamás hubiera sospechado de su Mauda... *Había visto*, ¡oh traición!, la alcoba de Mauda... la espalda del Duque... unas manos blancas de mujer que, amorosas, enlazaban.

¿Era real lo que *había visto*?

Abatido, sin sangre en sus venas y una herida muy viva en todo su ser, Gerardo se apartó de su observatorio y buscó sosiego en la calma del jardín. ¿Pero es posible su ignominiosa falsedad?—se repetía casi loco de dolor.

Sally, que después de la repugnante escena provocada en su cuarto por el Duque, había bajado al jardín, contempló con asco la osadía del esposo introduciéndose en una habitación, ocupada por una mujer, del corredor que se divisaba perfectamente desde el parque, y fué también testigo del mudo desconcierto de Gerardo.

Entonces, en su propia y profunda desesperación, Sally aceptó una idea que atravesó

su mente debilitada por sus padecimientos morales.

Y, decidida a buscarse por sí misma la razón de vivir, no se ocultó de Gerardo cuando le vió aparecer en el jardín; antes bien, se prestó al encuentro.

Gerardo, temiendo que Sally supiera ya la verdad, trató—respetando el dolor que ella debía probablemente experimentar en vista del inicuo proceder de su marido en su propia casa—, de esquivar un cruce de palabras con ella.

Pero Sally le dió a entender que lo había visto todo.

Gerardo clavó sus ojos en el suelo, para que Sally no viese en ellos cuán inmenso era su sufrir, y pronunció emocionado:

—*Hemos sido engañados, Sally...*

Ella, con aire compungido pero resignado, le replicó:

—Si estaba él allí era porque ella lo deseaba. La acusación iba recta a la mujer.

Gerardo asintió con la cabeza, pero añadió:

—¡Por favor, no le digas que estoy enterado de su traición! Yo sé cómo debo decírselo...

—No le hablaré, Gerardo, te lo prometo.

Y se separaron.

—Adiós, Sally... ¡Pobre Sally!...

—Adiós, Gerardo... ¡Pobre Gerardo!...

Seguía la noche su impasible caminar... pero el drama había roto su encanto...

Por la mañana del siguiente día, se levantó el velo del misterio que la noche puso en el palacio, y la inocencia de Mauda de la villanía



Y fué por demás que Sally le demostrase su aversión al Duque...

que se le imputaba, brilló con el esplendor de su fuerza. ¡No había sido ella quien estaba en la habitación donde entrara el Duquel No, no lo había sido, a pesar de habersele de un principio reservado aquel aposento, pues Sally ordenó por la tarde a su doncella particular que la preparase otra habitación en otro piso



—No le hablaré, Gerardo, te lo prometo.

del palacio.

Sally misma explicó a Mauda el motivo del cambio, diciéndole con naturalidad:

—Espero que habrás dormido bien. Sentí mucho anoche tener que cambiarte de cuarto, pero tenía tanta gente invitada que no sabía cómo acomodarla.

—Por Dios, Sally, cualquiera diría que me presentas excusas. En cuanto a dormir, en verdad no he descansado como lo necesitaba. No te alarmes, que no es tuya la culpa: estuve pensando en papá... y en Gerardo, que ha debido de marcharse esta madrugada. Querría pedirte, pues, un favor, si me prometes no enfadarte conmigo.

—Habla, Mauda, habla, que yo no sabría negarme a nada con tal de agradarte.

—Deseo reunirme con papá en su quinta, porque lo sé malucho y el pobre estará triste sin mí, y lo digo así, porque es como si dijera sin nadie, que el viejecito sólo me tiene a mí. ¿Te enojará el que me vaya?

—De ningún modo, mi buena Mauda. Puedes hacerlo cuando gustes.

—Partiré en el primer tren, dentro de poco. Y, puesta a pedir, te ruego también que le entregues esta carta a Gerardo cuando vuelva de Inglaterra. En ella le encargo que no deje de venir a verme en seguida que pueda a Picardía. Gracias, Sally, por todas tus atenciones, y adiós...

—Adiós, Mauda... y no te olvides de escribirme.

Mauda partió y Sally, insensible, por un poder que anulaba su voluntad, a la infamia que cometía con su mejor amiga, la dejó marchar aunque previera las fatales consecuencias que su precipitado viaje tendría.

Que las había de tener, pues Gerardo, que no se había ausentado aún del palacio, retrasando su traslado a Londres precisamente para entrevistarse con Mauda y zanjar el

asunto que tenía pendiente de arreglo con ella, se convenció más rotundamente de su traición al enterarse de su «fuga». Si huía, ¿no se confesaba de pleno culpable?

Anonadado, Gerardo tropezó casualmente con cierta brusquedad con el Duque, al abrir ambos una puerta, y al ver quién era, lo miró con desprecio y prosiguió su camino.

—Caballero—dijole con su ridícula ceremonia el Duque—, no aplaudo su manera de observar las reglas de la etiqueta. Le suplico me ofrezca sus disculpas.

—¿Disculpas? ¡Yo no acostumbro a darlas jamás!—respondióle enérgicamente Gerardo.

El Duque contestó al agravio y, fuera de sí, Gerardo le cruzó el rostro con sus guantes.

Algunos invitados, advertidos del lance, contuvieron al Duque y a Gerardo, y delante de todos éste le dijo:

—Iba a marcharme esta mañana, pero si lo que usted busca es un duelo me quedaré unas horas más, las suficientes para darle satisfacción.

Aceptó el reto el Duque y eligiéronse en el acto los padrinos.

Un invitado preguntó asombrado:

—¿Se van a batir por una mujer?

—No—respondió otro—. Por una puerta.

En el apacible corazón ^{***} de aquella mañana de sol, dos hombres, dispuestos uno y otro a poner muy alto su honor, se batieron a muerte.

Sonaron dos disparos... Cayó el Duque, y Gerardo retiróse del campo, al parecer ileso...

pero al llegar a su habitación, acompañado de sus padrinos, no pudo ocultar que también había resultado herido, pues sus fuerzas, agotadas a pesar de sus esfuerzos, lo traicionaron.

Sintiéndose acaso próximo a morir, Gerardo entregó a uno de sus amigos un paquetito, encargándole que cuidase de que llegara inmediatamente a manos de su destinataria, que era Mauda.

Entretanto, Sally, a la cabecera del lecho de su marido, asistía a la visita del Doctor, que diagnosticaba que su herida no tenía gravedad alguna.

Intranquila respecto a Gerardo, Sally preguntó por él a uno de los padrinos del Duque.

—El Duque no ha fallado jamás el tiro...—contestóle aquél.

Entonces, Sally consideró llegado el momento de jugar la última carta en aquella sangrienta farsa y cuando estuvo sola con su esposo, le habló como sigue:

—Decíme, mi desinteresado esposo: ¿cuánto os he pagado hasta ahora por vuestro decantado título?

El Duque, columbrando la intención de Sally, estaba de acuerdo en realizar un negocio. Así pues le replicó:

—¡Bah, no gran cosa! ¡Unos doscientos mil francos...!

—No le hace. Me propongo devolvérselo y encima pagar un buen precio. ¿Cuánto pedís?

—Todas las buenas cosas vienen de tres en tres. Tripliquemos pues la suma y considerémoslo un negocio redondo.

—Tendréis esa suma hoy mismo.

—Encantado, mi querida esposa.

Camino de ser libre iba Sally... y por su parte, Mauda, allá en Picardía, cuando menos lo esperaba, después de la inexplicable ausencia de noticias de Gerardo, recibió un paquetito suyo. ¿Encerraba tal vez aquella cajita el regalo de compromiso? Destapóla apresuradamente, y su alegría trocóse en desesperado llanto al ver que lo que le mandaba Gerardo era el anillo que ella le diera al prometerse con él. ¡Su devolución significaba que renunciaba a ella!

Sally prodigó sus tiernos cuidados de enamorada a Gerardo y éste entró sin tardar en período de convalecencia.

Sally no le entregó la carta que para él le remitiera Mauda poco antes del duelo, e hizo más, pues le manifestó:

—Mauda regresó a los Estados Unidos. No dejó nada para tí.

Después, obsesionada por una sola idea y resuelta a arrostrarlo todo para realizarla, comentó con Gerardo las gacetillas de los periódicos relacionadas con el desafío de éste y el Duque.

Los rotativos, después de haber fantaseado alrededor de los hechos, publicaban las siguientes noticias:

*EL DUQUE DE MALAKOFF SE ESTÁ
RESTABLECIENDO RÁPIDAMENTE*

El aristócrata no fué herido tan gravemente como lo creyeron al principio los médicos.

Rumórase que la causa verdadera del duelo

fué cierto idilio entre la Duquesa y un compatriota suyo.

Este suceso ha despertado mucha curiosidad entre los amigos y conocidos de las personas que han tomado parte en el mismo, y es la comidilla del Boulevard.

Aprovechándose de las falsas suposiciones de la prensa, Sally dijo a Gerardo:

—Todo el mundo dice que el duelo fué por mi causa. Lo cual representa para mí el divorcio y el escándalo correspondiente... Los dos nos hallamos en idéntico trance... solos, sin amigos, y con la reputación hecha añicos.

—La fatalidad, Sally, se ha cernido sobre nosotros. Todos se creen en derecho de jugar con nuestra honra. ¡Esto es para morir! ¡Por qué no supo ese hombre alojarme una bala en el corazón!...

—Porque eso no podía ser Gerardo.... Si yo te dijera...

—¡Mi pobre Sally! ¿Acaso me amas aún?

—¡Siempre te amé, Gerardo, siempre; pero hoy más que nunca! ¿Por qué no juntar nuestras miserias y desengaños, y tratar de olvidar el pasado?...

—Ha sido tan cruel el golpe, mi buena Sally, que me temo no encontrar en ninguna parte la ilusión que he perdido. Perdóname si te hablo así...

—¡Te he estado esperando tanto tiempo, Gerardo! ¿No te dice mi fe en tí que yo te amaría con toda mi alma? Olvidemos los dos, juntos, muy juntos, como mi alma lo ha estado siempre con la tuya, aunque tú lo ignoraras, y ya verás como nuestra felicidad matará la pena

que hoy tanto nos aflige. Ya tú ves cómo te confieso mis sentimientos. Después de lo que ya no tiene remedio, ¿qué puede importarme el mundo si en él no estás tú?

—Calla, Sally, calla...

—¿Me amas, Gerardo?...

—¿Y si te engañaras conmigo...?

—Me sacrificaría gustosa por todas tus exigencias... porque al menos a tí te amo.

Gerardo contempló a Sally, cuyos ojos eran más elocuentes que sus labios por los que brotaba su confesión de amor, analizó por un momento su mutua situación y, cerrando su espíritu a la reflexión, tendió sus brazos a la novia de sus años juveniles, y la atrajo contra su pecho.

*
*
*

De Picardía, Mauda y su padre volvieron a América.

Mauda trataba de olvidar, mas la deserción constante de sus amigas y alumnas le recordaba a cada instante la punzante aventura que había desgarrado su vida.

Ese abandono en que la dejaban sus amistades y sus discípulas, obedecía a los artículos de ciertos periódicos de Francia que se ocupaban del suceso ocurrido en el palacio del Duque de Ma'akoff.

Las comadres del lugar donde vivían Mauda y su padre, se decidieron al fin a echarle en cara la razón que las había inducido a separar de ella a sus hijas o nietas, dándole a leer un suelto de diario, cuyo texto era este:

LAS HIJAS DE LOS RICOS, HEROÍNAS DE UN COLOSAL ESCÁNDALO QUE HA TENIDO POR TEATRO LA ALEGRE CAPITAL DE FRANCIA

Unas ricas herederas americanas envueltas en el escandaloso duelo entre Gerardo Welden y el Duque de Malakoff.

Este encuentro trae a luz varios nombres ilustres y revela detalles sabrosísimos de la vida íntima de estos favoritos de la Fortuna...

Las gentes del lugar sospecharon de Mauda —a quien sabían novia de Gerardo—, pues su tristeza y su rápido regreso «no podían» tener otra explicación que la fuga ante el vergonzoso caso, y la dijeron, sin compasión en su ignorancia:

—¡Ustedes, las hijas de los ricos, han llegado a perder hasta el más elemental decoro!

Y fueron pasando los días, cada vez más llenos de amargura para Mauda... y Sally vio realizarse el sueño de su vida casándose, después de obtener el divorcio del Duque, con Gerardo.

Gerardo parecía amar a su esposa, pero a su pesar no pudo apartar de su mente, por completo, la imagen de Mauda. Su amor hacia ella había sido tan hondo, que las huellas se resistían aún a desaparecer.

Cierta tarde, en su casa, en la que había reunido a varios amigos para organizar una partida de caza por los amplios bosques vecinos, Sally, en conversación con una amistad de Gerardo, rogó a éste que le fuese a buscar su abanico, indicándole que lo encon-

traría en su «*chiffonnier*», y al punto el esposo acató su deseo.

Gerardo subió, pues, al cuarto de Sally, abrió una caja de la mesita aludida y buscó el abanico.

Revolviéndolo todo, con la delicadeza (?) que emplean los hombres en estas cosas, Gerardo tropezó casualmente con una cajita en la que había algunas cartas.

Correcto, *aunque nadie lo pudiera sorprender*, iba a dejar en paz aquellos escritos, pero su vista recayó en dos sobres cerrados, ambos dirigidos a su nombre.

¿Qué significaba aquello? Miró detenidamente la letra de los dos sobres y su extrañeza fué intensa al reconocer que uno de ellos estaba escrito por Mauda y el otro por Sally.

Presa de irresistible curiosidad, y con derecho a abrir esas dos cartas, pues le pertenecían, se enteró ávidamente de sus respectivos contenidos.

Y leyó, con formidable asombro, lo siguiente:

Primera carta

Gerardo de mi alma:

Mi padre me necesita a su lado, así es que salgo para Picardía en el primer tren. En cuanto vuelvas a París, no dejes de venir a verme.

«Nadie más que tú», y agregó: «te idolatro, amor mío».

Mauda.

Segunda carta

Gerardo:

No tengo ningún derecho a mi felicidad. Te he engañado y he seguido engañándote en la

esperanza de llegar a hacerte mío. La mujer a quien tú creiste ver con el Duque era Giselle, y no Mauda.

Sally.

La inocencia de Mauda fué conocida por Gerardo con tanta alegría como odio para la infame Sally. No quiso comprender, para mitigar su crimen, el amor que había mal aconsejado a Sally, y la aborrecía como se aborrece a un malvado.

En aquel momento, Sally, sorprendida por la tardanza de Gerardo, y temiendo algo anormal para ella—que razón tenía de temer pues su conciencia no estaba limpia—, se personó en su habitación, donde Gerardo la recibió con la ira que se supone.

—¡Eres una infame! ¡Tu villanía no tiene perdón de Dios! ¡Sería capaz de matarte por lo que has hecho!

Arrodillóse Sally a las plantas de Gerardo e imploró su piedad casi loca:

—Gerardo, Gerardo, tú fuiste siempre mi único amor... el único ideal de mi pobre vida... Te amé desde que empecé a tener uso de razón, y con tal de conquistarte no retrocedí ante nada... Traté de reparar mi falta con esa confesión, pero tenía miedo de perderte, amor mío...

Una pareja que se hacía el amor cerca del aposento de Sally, oyó, desde el principio, la disputa de los esposos, y se ocultó para que Gerardo, que salía, después de haber arrojado de sí con desprecio a Sally, no supiera que alguien los había sorprendido en tan poco

simpática escena de «ventura conyugal» como le dijo a la novia el galán.

Llegó la noche y Gerardo no apareció en la habitación de su esposa, de la que se separaría inmediatamente, justificando la ausencia de ella a los invitados con una supuesta ligera indisposición.



Sally pasó una noche horrible...

Sally pasó una noche horrible, espantosa. La doncella intentó vanamente calmarle su excitación y la muchacha no acertaba a comprender el ensimismamiento y las bruscas sacudidas de nervios de su señora.

La tragedia planeaba sobre una cabeza que amenazaba explotar...

A la mañana siguiente, Gerardo y los invitados se reunieron a la hora del almuerzo y como quiera que faltaba Sally a la mesa, aquél no pudo menos de mandarla llamar, para guardar las sacrosantas apariencias.

La doncella de Sally se encargó de ir a avisarla, y al llegar a su habitación prorrumpió en gritos desgarradores de espanto.

Acudieron todos los presentes, con Gerardo a la cabeza y contemplaron con horror a Sally en el suelo bañada en sangre manada de su corazón.

Gerardo compadecía aquel pobre cuerpo sin vida que se le hizo odioso porque pecó por su amor, y sintió que su alma lloraba el haber sido, sin quererlo, el causante de toda la tragedia.

En medio del dolor general, el galán de la pareja que la víspera sorprendió la disputa de Gerardo con Sally, dijo, acusador:

—¡Anoche le oímos decir que sería capaz de matarla!

La consecuencia de esta acusación fué grave para Gerardo, pues la justicia lo encarceló preventivamente.

Un periódico enteró a Mauda del «crimen» de Gerardo y la pobre criatura pasó por la más inmensa tortura.

Pero, afortunadamente, antes de morir, Sally quiso hacerse perdonar por la que tanto sufrió por su causa, y su doncella, que recibió el encargo pocas horas antes de darse ella misma la muerte, le hizo llevar, por otra criada, con urgencia, la siguiente carta:

Mauda, pobre amiga mía, te pido perdón por el mal que te he causado. Corre al lado de Gerardo. El te lo contará todo y tú le crearás porque dirá la verdad. Jamás hubo en su corazón la menor partícula de amor por mí, pero en el mío hay tanto... hay tanto amor por él que voy a destrozarlo con mis propias manos y acabar de una vez la terrible agonía de esta pobre vida mía.

El amor es como una sarta de perlas... se rompe el hilo, ruedan las perlas y perdemos algunas de ellas... pero siempre llevamos las que nos quedan. Tú le amas y él también te ama.

Sally

Mauda, buena siempre, lloró la desdicha de la que fué su amiga y la traicionó, y abrió de nuevo su pecho a la esperanza de ser feliz con su único amor.

La carta de Sally era la prueba de que Gerardo era inocente del crimen que se le atribuía, y Mauda y su padre hicieron decretar seguidamente su libertad.

Volvieron a contar historias los periódicos... las comadres tuvieron nuevos motivos de exhibir su elocuencia... Y Gerardo y Mauda, lejos de las bajezas de este mundo insensato, refugiaron su amor, brotado con más ansias de ternura que nunca, en la apacible casa del General, que con la tranquilidad de su hija recobraba él la suya, y como algún tiempo atrás, en que el horizonte era menos obscuro, ella le susurró al oído:

—«Nadie más que tú».

Y le dió de nuevo el anillo de la fe.

Besólo él con pasión, y contestó a Mauda:

—Eres una santa... y te adoro.
Y se juntaron sus manos y sus labios también.

FIN

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO
EXTRAORDINARIO
Sábado, 28 de Junio
El novelista y su esposa

gran super-producción maravillosamente interpretada por el mimado artista

Thomas Meighan

ÉXITO ENORME

64 páginas - Profusión de fotografías

Postal-fotografía:

NORMAN KERRY

Sábado, 28 de Junio

PRECIO INCREIBLE: 50 Céntimos.

NO OLVIDE DE FORMAR LAS DOS MEJORES BIBLIOTECAS OFRECIDAS AL PÚBLICO POR

La Novela Semanal Cinematográfica

Los Grandes Films

NOVELAS PUBLICADAS:

LOS HIJOS DE NADIE
EL TRIUNFO DE LA MUJER
EL PRISIONERO DE ZENDA
EL JOVEN MEDARDUS
LOS ENEMIGOS DE LA MUJER

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

NOVELAS PUBLICADAS:

FERRAGUS

(Los Trece)

EL PAGO QUE DAN LOS HIJOS

Observe que se trata de literatura sana, insuperables asuntos, y que su precio es irónico: UNA PESETA

Pídalos en cualquier sitio de venta de toda España.

¡ÉXITO ENORME!